

La Identidad y la Conciencia Terrenal

Existe una unión entre todo lo que existe. Tal unión necesita de una conciencia y de un sentido de pertenencia mutuo que nos ligue a nuestro planeta, a nuestra casa “La Tierra”.

Si la idea de hogar comprende una idea común, una relación de afiliación afectiva a una substancia tanto maternal como paternal, en fin, una comunidad de destino, entonces se puede avanzar en la noción Tierra-Casa.

Somos producto del desarrollo de la vida donde la Tierra ha sido matricial y putativa. Todos los humanos, desde el siglo XX, viven los mismos problemas fundamentales de vida y muerte y están unidos en la misma comunidad de destino planetario.

Por esto es necesario aprender a “estar-ahí” en el Planeta. Aprender a estar-ahí quiere decir: aprender a vivir, a compartir, a comunicarse, a comulgar; es aquello que solo aprendemos en y por las culturas singulares. Nos hace falta ahora aprender a ser, vivir, compartir, comulgar también como humanos del Planeta Tierra. No solamente ser de una cultura sino también ser habitantes de la Tierra. Debemos dedicarnos no solo a dominar sino a acondicionar, mejorar, comprender. Debemos inscribir en nosotros lo que Edgar Morín ha llamado:

- La *conciencia antropológica* que reconoce nuestra unidad en nuestra diversidad.
- La *conciencia ecológica*, es decir, la conciencia de habitar con todos los seres mortales una misma esfera viviente (biosfera); reconocer nuestro lazo consustancial con la biosfera nos conduce a abandonar el sueño prometeico del dominio del universo para alimentar la aspiración a la convivencia sobre la Tierra.
- La *conciencia cívica* terrenal de la responsabilidad y de la solidaridad para los hijos de la Tierra.
- La *conciencia espiritual* de la humana condición, que viene del ejercicio complejo del pensamiento y que nos permite a la vez criticarnos mutuamente, autocriticarnos y comprendernos entre sí.

La Identidad y la Conciencia Terrenal

Es necesario enseñar a ligar de manera concéntrica nuestras patrias familiares, regionales, nacionales y a integrarlas en el universo concreto del hogar terrenal. Ya no es necesario seguir oponiendo un futuro radiante a un pasado de esclavitudes y supersticiones. Todas las culturas tienen sus virtudes, sus experiencias, sus sabidurías al mismo tiempo que sus carencias y sus ignorancias. Es en este reencuentro con el pasado que un grupo humano encuentra la energía para enfrentar su presente y preparar su futuro. Todo ser humano, toda colectividad, debe dirigir su vida en una circulación interminable entre su pasado donde encuentra su identidad apegándose a sus ascendentes y su presente donde afirma sus necesidades y un futuro hacia donde proyecta sus aspiraciones y sus esfuerzos (MORIN, 1999).

El doble imperativo antropológico se impone: salvar la unidad humana y salvar la diversidad humana.

Civilizar y solidarizar la Tierra, transformar la especie humana en verdadera humanidad se vuelve el objetivo fundamental y global, aspirando no solo al progreso sino a la supervivencia de la humanidad, la conciencia de nuestra humanidad en esta era planetaria nos debería conducir a una solidaridad y a una conmiseración recíproca del uno para el otro, de todos para todos (MORIN, 1999).